

papel anónimo que se imprimió dos años há ; pero allí el Santo no determina cosa alguna, y sólo habla condicionalmente, diciendo, que si los alquimistas hiciesen verdadero oro, podrían venderle como tal: *Si autem*

per alchimiam fieret verum aurum, non esset illicitum ipsum pro vero vendere. Antes bien la condicional si *fieret* parece, que supone que efectivamente no se hace.

RACIONALIDAD DE LOS BRUTOS.

§ I.

De polo á polo se apartaron unos de otros algunos filósofos en sus opiniones respecto de los brutos. Unos están tan liberales con ellos, que les conceden discurso; otros tan escasos, que les niegan aún sentimiento. ¡Discordia portentosa! Pero otra mayor y más admirable hay en la presente materia.

Habiendo, como decimos, filósofos que les niegan sentimiento á los brutos, hay otros que les conceden, no sólo sentimiento, mas también conocimiento á las plantas. Tan extravagantes y tan confusas son nuestras ideas. De esta opinión fueron tres famosos filósofos de la antigüedad, Anaxágoras, Demócrito y Empedocles, según testimonio de Aristóteles, libro 1 *De plantis*, y en nuestros días la renovó Andrés Rudigero, en el libro que intituló *Física divina*, impreso en Francfort, año de mil setecientos y diez y seis.

En cuanto á la opinion que les atribuye á las plantas sentimiento y apetito, el mismo Aristóteles, en el lugar citado, dice, que asintió á ella su maestro Platon, y añade, que aunque tiene esta opinion por falsa, pero no por disparatada: *Paradoxus igitur est, quamvis non adeo temerè errèt ejus intentio, qui plantis sensum, appetitumque tribuendum esse ita existimavit.*

Reprodujo esta opinion, habrá cosa de un siglo, el célebre dominicano fray Tomas Campanella, quien no sólo á las plantas, mas también á todas las cosas elementales, atribuyó facultad sensitiva, fundado en la razon (verdaderamente fútil) de que siendo los animales sensitivos, era preciso lo fuesen también los cuatro elementos de que constan, porque no puede dar la causa el efecto, sino lo que tiene en sí mismo. Si el argumento fuese bueno, probaria que los cuatro elementos son, no sólo sensitivos, sino racionales, porque el hombre, que consta de ellos, es racional.

Algunos filósofos modernos se aplicaron al mismo sentir, entre ellos el famoso físico Francisco Redi. Su principal fundamento consiste en la analogía que observaron entre la organizacion interna de las plantas y de los animales. Manuel Konig, doctor médico de Basilea, despues de los grandes anatómicos Bartholino y Malpighi, trató largamente esta materia, exponiendo cómo en las plantas se hallan venas, nervios, vasos, é instrumentos destinados para la respiracion, para la coccion y digestion de los alimentos, para la circulacion del jugo nutritivo, para la expulsion del excrementicio, para la generacion, hasta descubrir en una planta

el útero con sus trompas, y las pares, con todas las tunicas que circundan el feto. En fin, nada echa ménos en las plantas respecto de los animales, sino los instrumentos que sirven al movimiento progresivo y á la formacion de la voz.

A la verdad, como todo lo demas se ajustase, estas dos últimas circunstancias no harian mucha falta, pues las ostras, que ciertamente son animales, ni tienen voz ni movimiento progresivo. Y ahora hago reflexion sobre un lugar de Aristóteles, en el libro III de la *Generacion de los animales*, donde parece que concede á las plantas las mismas facultades que á las ostras, diciendo que las plantas son las ostras de la tierra, y las ostras las plantas de la agua: *Quasi plantæ ostrea terrena, ostrea plantæ aquatiles sint.*

La experiencia del que llaman *árbol sensitivo* da más aire á la sentencia de aquellos físicos, que el testimonio alegado de Aristóteles. Diósele este epíteto á aquel árbol, como también el de *púdico*, porque llegando cualquiera á tocarle, retira con estridor hojas y ramas, como afectando fuga y sentimiento de la ofensa. En el istmo ó estrecho de tierra que divide la América Septentrional de la Meridional, entre Nombre de Dios y Panamá, dice Roberto Boile que hay una selva entera de estos árboles.

Lo mismo se nota en una planta, llamada *seta marina*, que se halla en algunos parajes de Italia, de quien da noticia Konig, citado arriba. Pero lo más singular y más persuasivo que he leído sobre la presente materia, es la relacion que se halla en las *Memorias de Trevoux* (año 1701, mes de Junio, folio 171), de una especie de flor fungosa que se vió cerca de Caen, á las orillas del mar, y en quien se hallaron todas las señas de sensitiva. He citado con puntualidad el lugar de dichas *Memorias*, porque los curiosos que las tuvieren á mano pueden ver en ellas su descripcion; pues no tratando yo este asunto sino por via de digresion, no es razon detenerme más en él. Por cuyo motivo omito también la especie de la langosta del Brasil, que por la primavera se convierte en planta; la de la yerba llamada *papaya*, que da un fruto semejante al melon, y no le produce si no siembran el macho junto con la hembra, como los distingue el vulgo, y otras semejantes, que podian hacer al mismo intento (1).

(1) Por equivocacion se llamó á la *papaya* yerba, siendo realmente árbol. El padre Regnault, tomo III de sus *Conversaciones físicas*, coloquio XVI, sobre la fe de un misionero, dice, que en la Abisinia hay un árbol llamado *enseté*, de quien los naturales del

§ II.

Volviendo, pues, á la cuestion sobre los brutos, digo que unos filósofos les niegan sentimiento, y otros les conceden discurso. Caudillo de los primeros se debe reputar Renato Descártes, quien afirmó que no son los brutos otra cosa, que unas estatuas inanimadas, cuyos movimientos dependen únicamente de la figura y disposicion orgánica de sus partes, según la vária determinacion que les da la union de los objetos que las circundan. Esta es una consecuencia forzosa del sistema filosófico de Descártes. Pero si Descártes la previó al formar el sistema, ó si viéndola despues de formado y publicado, sin embargo de reconocer su disonancia, se la quiso tragar, por no arruinar aquel edificio en que habia trabajado tanto su ingenio; no se sabe á punto fijo, y hay autores por una y otra parte.

He dicho que se debe reputar Descártes caudillo de esta opinion; pues aunque ántes de Descártes, Gomez Pereira, médico de Medina del Campo (que unos hacen portugueses y otros gallego), en el libro que intituló *Antoniana Margarita*, dió á luz esta paradoja, esforzándose largamente á probar que los brutos carecen de alma sensitiva, no tuvo séquito alguno, y su libro, sin embargo de haberle costado, como él mismo afirma, treinta años de trabajo, luégo se sepultó en el olvido.

Los que quieren quitar á Descártes la gloria de la invencion (si todavía esta invencion puede dar gloria), dicen que el filósofo frances habia leído el libro del médico español, y quiso pasar por original, siendo copiante. Pero, sobre que esto se dice advinando y sin alguna prueba, carece de verisimilitud, lo primero, porque consta que Descártes fué hombre de poca letura, y sus escritos filosóficos fueron parto de su meditacion. La *Antoniana Margarita* era un libro rarísimo, tanto, que Pedro Baile, siendo uno de los mayores noticistas de libros que hasta ahora se han conocido, sólo da noticia de un ejemplar que tenía en Paris monsieur Briot; y libros raros sólo por un acaso muy extraordinario pararan en manos de quien es poco dado á la letura. Lo segundo y principal, porque la doctrina de estos dos filósofos es bastantemente diversa; caminaron á un fin, pero por distintos rumbos; entrambos negaron alma sensitiva á los brutos, pero Descártes redujo todos sus movimientos á puro mecanismo; Pereira los atribuyó á simpatias y antipatias con los objetos ocurrentes; de modo que, según este filósofo, no por otro principio, el perro, pongo por ejemplo, viene al llamamiento del amo, que aquel mismo por el cual, según la vulgar filosofia, el hierro se acerca al iman y el azogue al oro.

El doctísimo obispo de Avranches, Pedro Daniel Huët, en su libro *Censura philosophiæ cartesianæ*, se empeña en probar, que la opinion de las bestias maqui-

nales ó autómatas es mucho más antigua que Descártes y que Gomez Pereira. En efecto, alega algunos testimonios, en que aparentemente se insinúa que tres antiguos filósofos, Diógenes, Ciceron y Proclo, fueron del mismo sentir; pero bien mirados, yo á la verdad no hallo en ellos expresiones decisivas sobre el asunto. Otros escritores han querido despojar á Descártes de la prerogativa de inventor, esforzándose á señalar las fuentes de donde bebió sus máximas, como á Platon para las ideas, á san Agustin para aquel primer raciocinio de su filosofia: *Yo pienso; luego soy*, etc. Pero este modo de impugnar, ni le tengo por sólido, ni por útil. No por sólido, porque realmente se halla una gran diversidad entre las máximas de Descártes, como él las propone y las coliga en sistema, y cuanto dijeron los antiguos. No por útil, porque aunque desautoriza el ingenio del autor, autoriza la doctrina. Para hacer que no se crea á Descártes, más á propósito es persuadir que lo que dijo, sólo él lo dijo, que arrimarle á otros ilustres patronos, cuya autoridad añada fuerzas á su opinion.

En lo que únicamente hallo que Descártes fué copiante, es en la prueba singular de la existencia de Dios, con que él y sus sectarios hicieron tanto ruido, jactándola como un descubrimiento admirable y de suma importancia para convencer á todo ateista. Pero este descubrimiento no fué de Descártes, sino de mi padre san Anselmo, que propuso la misma prueba en términos terminantes en el *Proslogio*, capítulo II, III y IV. En lo demas, no puede negarse que Descártes fué hombre de gran inventiva, de una imaginacion vasta y elevada, de ingenio sutil y despejado, pronto á desembarazarse de todas las concepciones comunes, y tomar vuelo por rumbos no descubiertos. Por eso en la geometría se avanzó gloriosamente sobre todos los matemáticos que le habian precedido; pero para la filosofia le faltó, á lo que yo entiendo, aquella rectitud de juicio electivo, á quien toca madurar las producciones del discurso, y aprobar ó reprobar los proyectos de un ingenio suelto y osado.

Algunos, como ya insinuamos arriba, se persuaden á que Descártes no asintió interiormente á la insensibilidad de los brutos, sino que por ostentacion de ingenio sostuvo aquella paradoja; porque ¿cómo es posible, dicen, que un hombre tan sutil se engañase en lo que está patente al más rudo? Pero yo, al contrario, digo, que si Descártes no fuese tan sutil, nunca creeria que los brutos eran máquinas inanimadas. Los hombres de no más que mediano alcance nunca salen del sentir comun; para descubrir apariencias de posible en lo imposible es menester una luz extraordinaria, aunque engañosa. Aquellos argumentos que, ó con sofistería ó con solidez, persuaden las paradojas, están más allá del término adonde alcanzan los entendimientos ordinarios. Apenas hubo error grande que no fuese produccion de ingenio sobresaliente. Por eso dijo bien Ciceron, que no se puede imaginar algun disparate tan absurdo, que no le haya dicho ya algun filósofo. La sutileza es tan antojadiza de la novedad, que si no la rige el buen juicio, no hay quimera que no abrace. A ningún espíritu ordinario pudiera ocurrir motivo para afir-

mar lo que afirmó Anaxágoras, cuyo ingenio fué admiración de toda la antigüedad; conviene á saber, que la nieve es negra. No sabemos qué inteligencia daba á esta paradoja, pero es cierto que la profería en algun sentido, en que no le desmentian sus ojos, y por consiguiente, ni los nuestros.

Los que se admiran tanto de que Descartes haya dicho que los brutos son máquinas inanimadas, ¿qué dirán cuando sepan que hubo filósofo ilustre en la antigüedad que afirmó lo mismo de los hombres? Este fué Dicearco, discípulo de Aristóteles, cuyos escritos apreciaba tanto Ciceron, que los llamaba sus delicias. Verdad es que Dicearco no negaba la sensación y conocimiento á los hombres, como Descartes á los brutos; pero decía que la sensación y conocimiento depende precisamente de la disposición material de la máquina, negando todo otro principio, espíritu ó forma distinta de la materia. Lo mismo en la substancia sintió Aristoxeno, otro discípulo de Aristóteles, tan estimado de su maestro, que sólo en consideración de su poca salud no le dejó en la escuela por sucesor suyo. Este, mezclando la música con la filosofía (porque una y otra facultad profesaba), decía que no había otro espíritu en el hombre, que la armonía que resulta de la figura y tensión de sus partes, y que estas producen tanta variedad de acciones y movimientos, del mismo modo que la diferente tensión y magnitud de las cuerdas en la lira tanta variedad de sonidos y tonos. Galeno, ingenio tan celebrado y de tanta extensión de doctrina, vino á ser sectario de Aristoxeno, sólo con la diferencia de que constituyendo este el principio de todas nuestras acciones en el acuerdo armónico de los órganos corpóreos, Galeno le transfería á la consonancia de las cuatro cualidades elementales; y así, no admitía otra alma que el temperamento.

§ III.

Los que siguiendo el rumbo extremadamente opuesto á Descartes, quieren que los brutos sean discursivos, no son tan pocos como comunmente se juzga. Algunos ponen en este número á todos los pitagóricos, los cuales, asentando la transmigración de las almas de hombres en brutos y de brutos en hombres, por consiguiente las suponían todas de la misma especie. Pero de tener alma racional no se sigue legítimamente en los brutos el uso de razón, porque puede, por la desproporción del órgano, estar embarazado para la acción el principio. Y de hecho este impedimento les señaló el mismo Pitágoras para el discurso, según refiere Plutarco en el libro *De placitis philosophorum*. Por lo cual no habló según la mente de Pitágoras el agudo Luciano en aquel graciosísimo diálogo suyo, intitulado *El Gallo*, donde, para hacer burla de la secta pitagórica, finge la alma de Pitágoras residiendo en un gallo, y razonando á la larga con su dueño, el zapatero Micilo.

Por la misma razón tampoco se deben admitir por fautores de esta opinión aquellos filósofos, que decían que las almas de todos los animales no eran otra cosa que porciones de la alma común del mundo:

*Hinc pecudes, armenta, viros, genus omne ferarum.
Quemque sibi tenues nascentem arcessere vilas.*

Porque el uso de esta alma le suponían desigual, según la desigualdad de los órganos.

Los primeros, pues, que con justicia podemos contar por esta sentencia son: Estraton, oyente de Teofrasto; Enesidemo, Parmenides, Empedocles, Demócrito y Anaxágoras. En Vosio (*De origine, et progres. idolol.*, libro XIII, capítulo XII) se hallarán los testimonios de que estos antiguos fueron de dicha opinión. Plutarco escribió, en comprobación de ella, el libro *De industria animalium*; Filon otro, con el título *De eo quod bruta animalia ratione sint prädita*. Arnobio y su gran discípulo Lactancio, nombres venerables en la cristiandad, parece están declarados por ella; el primero (*Adversus gentes*, libro II), y el segundo (libro *De ira Dei*, capítulo VII); de la mente de san Basilio hablaremos abajo. De los modernos, Laurencio Vala y el doctísimo médico español Francisco Valles siguieron la misma opinión, y nuestro sabio benedictino el maestro fray Antonio Perez, en su *Laurea salmantina*, testifica que en su tiempo había algunos en Salamanca que la llevaban.

Pero quien con más ardor que todos tomó por su cuenta la causa de los brutos, fué Jerónimo Rorario, nuncio del papa Clemente VII en la corte de Ferdinando, rey de Hungría, pues escribió un libro, no sólo al intento de dar inteligencia y discurso á los brutos, pero aún de probar que muchas veces usan de su discurso mejor que los hombres. El motivo que tuvo este monseñor para abrazar tan arduo empeño es digno de ser sabido, por su singularidad. Hallándose en una conversación, donde se ofreció hablar del emperador Carlos V, reinante á la sazón, un hombre docto, que también se hallaba en ella, dijo, que extrañaba mucho que este emperador aspirase á la monarquía universal de Europa, siendo muy inferior en prendas á los Otones y á Federico Barbaroja. O fuese que Rorario tuviese realmente formado mucho más alto concepto de Carlos V que de Oton el Grande y de todos los demas emperadores que le habían precedido, ó que, en adulación de Carlos V y de su hermano el rey Ferdinando, quisiese mostrar que le tenía, trató la proposición de aquel sabio como la más disonante y absurda que podía proferir un hombre; en fin, tal, que la tomó por asidero para decir, que á veces razonan mejor los brutos que los hombres, como que un cotejo tan disparatado, cabiendo en la mente de un hombre, no cabía en la razón de un bruto. Este fué el motivo de escribir el libro expresado, confesado por el mismo Rorario en la epístola dedicatoria. Digo lo que he leído en el *Diccionario crítico* de Baile, porque el libro de Rorario no le he visto. ¡Raro é ingenioso modo, por cierto, de adular á un príncipe! Y ¡raro circuito de la adulación, colocar á los brutos sobre los hombres, para dar á Carlos V un exceso inmensurable sobre todos los demas emperadores!

§ IV.

Entre las dos opiniones extremas propuestas, una que les niega sentimiento á los brutos, otra que les concede discurso, parece la más razonable la comunísima, que, tomando por medio de las dos, les niega discurso

y les concede sentimiento. No obstante, yo, sin afirmar positivamente cosa alguna en esta materia, propondré algunas razones que me hacen fuerza por la sentencia que les atribuye inteligencia y discurso, para que pasen por el examen de los sabios y sirvan á la diversion de los curiosos.

Los que hasta ahora han escrito á favor de esta opinión, apenas hicieron otra cosa que formar un largo catálogo de varias operaciones de aquellos brutos de más noble instinto, en que más acreditada su sagacidad é industria. Los elefantes hacen en esta representación el primer papel, con las noticias de Plinio, Eliano, Mayolo, Alberto Magno, Nieremberg, Acosta y otros antiguos y modernos, que nos los muestran capaces, casi sin excepción, de todo género de disciplina. Unos aprendiendo el idioma humano y aún el uso de la Escritura, como aquel que con la trompa formó sobre la arena en caracteres griegos esta sentencia: «Yo mismo escribí estas cosas y dediqué los despojos célticos.» Otros, no sólo instruidos en todas las reglas de la danza, pero haciendo también el oficio de volatines en la plaza de Roma. Otros, dotados de pericia militar, gobernando en toda forma los escuadrones de su especie. Llégase á esto la imitación de los afectos humanos, la venganza, el agradecimiento, la vergüenza y el apetito de gloria. El ejemplo más ilustre, no sé si verdadero, de estos dos afectos últimos se exhibe en dos elefantes del rey Antioco. Ofreciósele al escuadrón bélico de estos brutos que militaba en el ejército de aquel príncipe, la precisión de vadear un río. Era obligación del capitán de ellos, que se llamaba Ayaz, romper el primero la corriente; pero no atreviéndose éste, por ir muy hinchado el río, los que tenían la conducta de los elefantes pronunciaron en alta voz, que aquel que se arrojase el primero á la agua sería elevado á la dignidad de caudillo de los demas. Oído el bando, un generoso elefante, llamado Patroclo, se tiró intrépido al río, y rompió la corriente hasta la opuesta orilla. Despojaron luego de las insignias de capitán á Ayaz, y se las dieron á Patroclo. Pero aquel no sobrevivió mucho á esta afrenta, porque fué tal el sentimiento que hizo de ella, que no quiso comer más, y murió dentro de pocos días. Tras de los elefantes vienen los perros, los zorros, los monos, los cercopitecos, los caballos, las abejas, las hormigas, etc. (1).

(1) El mismo autor, citando al abad Choisi en su viaje de Siam, á donde fué con monsieur Chaumont, embajador de Francia, cuenta un caso gracioso de un elefante, famoso en el Oriente por su capacidad y por el mal uso que hacia de ella; bien que una vez le empleó en un acto generoso. Era saltador de caminos y robaba á los caminantes, pero sin quitar á ninguno la vida. Un día detuvo á un mercader y le mostró uno de sus piés, dando un espantoso grito. Reparó el mercader que tenía atravesada en el pié una gruesa espina. Quitósele, y el elefante, después de mostrar su agradecimiento con algunos halagos, tomando al mercader con la trompa, y colocándole sobre la espalda, le condujo á la cueva donde tenía recogidos los despojos de los demas caminantes que habia robado. Dióle á entender con ademanes bien expresivos, que se aprovechase de todo lo que veía; y el mercader, cogiendo lo que le pareció conveniente, prosiguió en paz su viaje.

Plinio, Eliano y Aulo Gelio refieren dos casos semejantísimos de dos leones, que hallándose en la misma necesidad, imploraron el mismo socorro, y correspondieron, aunque en distinta materia, con igual agradecimiento. El más famoso fué el de Androdo Daco, esclavo fugitivo de la crueldad de un romano que estaba en la Afri-

Pero yo no juzgo á propósito divertir al lector con lo que hallará fácilmente en otros muchos libros, ni para mi intento es necesario; pues para probar que los brutos tienen discurso, me bastan aquellas operaciones comunes que están patentes á la observación en cualquiera animal doméstico. Llevo con esto la ventaja de razonar sobre hechos ciertos, y que no se me pueden revocar en duda, como aquellas operaciones admirables que se cuentan de animales de léjas tierras. Y advierto que en este litigio doy ya por abandonada la sentencia de Descartes (como de hecho ya son pocos aún en las naciones los que en esta parte le siguen); y así, mi disputa será sólo contra los que, siguiendo la opinión común, dan lo sensitivo ó niegan lo discursivo á los brutos (2).

ca; el cual, errando por los desiertos de Libia, vino un león á postrarse delante de él, mostrándole un pié atravesado de una grande espina. Quitósele Androdo, y exprimió del pié la materia que se habia formado. Tres años vivió en aquel desierto Androdo, y tres años le sirvió el león, cuidando de su alimento y ministrándole carnes de las presas que hacia. Cansado en fin Androdo de aquella vida, y mudando de suelo, fué cogido y restituido á su dueño; el cual, en pena de su fuga, le hizo arrojar en Roma á las fieras. Estaba entre ellas el león á quien habia beneficiado, cogido poco ántes en la caza, y fué su dicha que él fué el primero á cuyas garras le expusieron. Conoció el bruto á su bienhechor, y bien lejos de ofenderle, le hizo mil caricias. A vista del prodigio, clamó todo el pueblo por la absolución de Androdo, el cual no sólo la logró, mas también que le entregasen el león, con quien dió un gratisimo espectáculo al pueblo romano, llevándole atado con una débil cinta por las calles. El otro caso fué de Helpis Samio, que, habiendo aportado á Africa en una nave, no lejos de la orilla del mar socorrió á un león constituido en la misma angustia, y después, entre tanto que la nave estuvo en aquel puerto, diariamente le regalaba el león con cosas de caza.

Podrá alguno sospechar que el cuento del elefante asiático fue fabricado en el molde de los dos leones africanos. Pero ¿qué inverosimilitud hay en que á diferentes brutos aconteciese el mismo caso, y usasen del mismo modo de su natural nobleza? ¿No se repiten muchas veces en distintos hombres los mismos sucesos y las mismas acciones?

(2) Entre los animales domésticos cuyas operaciones arguyen discurso, colocaremos aquí uno, aunque doméstico, á pesar nuestro, de quien hasta ahora ninguno de cuantos tocaron la cuestión de la racionalidad de los brutos hizo memoria. Pero ¿qué mucho ¿Quién pensaría que aquel menudo y aborrecido insecto llamado polilla tiene un mérito sobresaliente para ocupar un lugar distinguido entre los brutos más racionales? Ello así es. Este despreciado animalejo da acaso más motivo á la admiración que otros que se hallan celebrados por su sagacidad y providencia. Todos los brutos tienen industria para procurarse el alimento necesario; todos cuidan y todos aciertan con la conservación de la especie; muchos, con más ó menos arte, se fabrican domicilio; muchos saben defenderse y ofender á sus enemigos. Pero quien tenga arte para abrigar su cuerpo contra las injurias del aire, fabricando y ajustándose vestido acomodado, no hay otro sino la polilla, y sólo la polilla imita al hombre en esto. Pondérase en la araña la fábrica de sus telas; la polilla es tejedor y sastre en un tomo.

A monsieur de Reaumur, de la academia real de las Ciencias, que observó con notable prolijidad este insecto, debo estas noticias. Es hecho que la polilla, de las telas de lana, ú de la misma lana que roe, se hace vestido. Para este efecto la dió la naturaleza dos garras cerca de la boca, con las cuales arranca los pelitos que la convienen, y los va juntando y tejiendo de modo, que forma como una vaina bien compacta al rededor de su cuerpo. Como va creciendo su cuerpo, sucedería que ya el vestido le viese apretado en lo ancho, y en lo largo no alcanzase. Antes que llegue ese caso previene el daño la polilla, ensanchándole y alargándole. Pero ¿cómo? Como lo hiciera un sastre. Añadiendo tela para ensancharle, le abre ó rasga á lo largo, y por la abertura le añade y cose ó consolida por una y otra parte la añadidura. Hizo monsieur de Reaumur la experiencia de pasar estos animalejos de unas empollitas á otras, donde tenia huecos ó deshilados de pa-

Supuesto esto, arguyo así lo primero. Hay en los brutos acciones que son efectos del alma más que sensitiva. Luego hay acciones que son efectos de alma racional. La consecuencia consta, porque no habiendo en la sentencia comun, que impugnamos, más que tres clases de almas, vegetativa, sensitiva y racional, así como la que fuere menos que sensitiva, no puede ser más que vegetativa, la que fuere más que sensitiva, no puede ser menos de ser racional. Pruebo, pues, el antecedente. Hay en los brutos acciones que son más que sensaciones ó de jerarquía superior á las sensaciones; luego que son efectos de alma más que sensitiva. Consta tambien esta consecuencia, porque la causa no puede dar al efecto más de lo que tiene en sí misma; por consiguiente, alma que no es más que sensitiva, no puede producir actos que sean más que sensaciones.

El antecedente se puede probar en innumerables acciones de los brutos. Pero por ahora determino la prueba á aquellos actos internos, con que se rigen á sí mismos en la prosecucion del bien, que áun no gozan, y en la fuga del mal, que áun no padecen. Fabrica la ave el nido para tener morada, junta la hormiga grano para que no le falte el sustento, huye el perro por evitar el golpe que le amenaza. No me meto ahora en si en estas acciones obran formalmente por fin. Lo que pretendo sólo, y lo que no se me puede negar, es, que cuando las ejecutan, tienen alguna advertencia del bien que buscan ó del mal que evitan, y esta advertencia es quien los rige en los actos de prosecucion y de fuga. Si no tuvieran aquella advertencia, ó se estarían quietos, ó se moverían por puro mecanismo, como quiere Descartes. Digo, pues, que aquel acto interno de advertencia no es sensación, si más que sensación, ó superior á toda sensación. Lo cual pruebo así: la sensación no puede terminarse sino á objeto existente con existencia física y real; *sed sic est* que aquel acto no se termina á objeto existente con existencia física y real; luego no es sensación. La mayor es evidente, porque no puede sentirse actualmente lo que actualmente no existe. Pruebo, pues, la menor. Aquel acto de advertencia, presension ó prevision, llámese ahora como quisiere, se termina al bien

de diferentes colores. Sucedía que despues de pasar á paño de diferente color, necesitaba la polilla de ensanchar el vestido. Con esta ocasion notó que la añadidura se hacia con varias tiras que entreteja en las aberturas á lo largo; lo que se conocía claramente en las fajitas del color del paño á que se habían trasladado, entreveradas de una extremidad á otra con las del color del paño antecedente. Otras menudencias advirtió el citado académico en esta fábrica, que todas acreditan la industria del insecto; pero las omito, porque lo dicho basta para el elogio de su racionalísima providencia, y para admiracion del Autor de la naturaleza áun en aquellas obras suyas que podrian parecer indignas de nuestra atencion.

Aunque no pertenece al asunto presente, dispensando en la oportunidad por la utilidad, no dejaré de proponer aquí una advertencia de monsieur de Reaumur, para evitar los daños que hace este insecto, que es, sacudir bien los paños ó telas, donde se anda, á fines de Agosto ó á principios de Septiembre. La razon es, porque, segun la observacion de este autor, todas las polillas, que hay entónces, son muy nuevas (las viejas ya están transformadas en mariposas, que es el estado en que ponen los huevos); así hacen muy débil presa en la ropa, por lo cual muy fácilmente se sacuden ó desprenden. Da tambien por receta utilísima el humo de hoja de tabaco ó el de aceite teribintina, que dice las mata.

que el bruto áun no goza, ó al mal que áun no padece; luego á objeto que áun no existe.

Vé aquí que casi sin pensarlo hemos superado el atolladero grande de esta cuestion, conviene á saber, el recurso de que los brutos obran, no por inteligencia, sino por instinto. Esto se respondia hasta ahora, y nada más, al argumento que se hacia de aquellas admirables acciones, que más acreditan la industria y sagacidad de los brutos, y en este atolladero se enredaba el argumento, de modo, que no pasaba adelante. Pero desentrañadas las cosas, se ve que este recurso no basta para responder al argumento que hago yo sobre las acciones más comunes de los brutos. Lo primero, porque la voz *instinto* no tiene significacion fija y determinada, ó por lo ménos no se le ha dado hasta ahora, que es lo mismo que decir que no tenemos idea clara y distinta del objeto que corresponde á esta voz; y así, usar de ella en esta cuestion, no es más que trapear el argumento con una voz sin concepto objetivo, que no entienden, ni el que defiende, ni el que arguye. Lo segundo, porque, ó esta voz *instinto* se aplica al principio ó á la accion. Si al principio, pregunto: ó este principio que llamas *instinto* es pura y precisamente sensitivo ó más que sensitivo. Si precisamente sensitivo, no puede producir un acto del cual tengo probado que es más que sensación. Si más que sensitivo, luego es racional; porque los filósofos no conocen otro principio inmediatamente superior sensitivo, sino el racional. Y si tú quisieras decir otra cosa, será menester que fabriques nueva filosofía y nuevo árbol predicamental.

§ V.

Esfuerzo más el argumento hecho con el ejemplo del perro, que habiendo recibido un golpe, conservando la memoria del golpe y del sugeto que se le dió, áun pasado algun tiempo, huye despues de él cuando le ve. Tres actos distintos, y muy distintos, encontramos en este progreso. El primero es la percepcion del golpe cuando le recibe; el segundo, el acto de recuerdo ó memoracion del golpe y del sugeto; el tercero, aquella advertencia con que previene que aquel sugeto, al verle otra vez, le dará ó puede dar otro golpe; la cual advertencia es la que próximamente dirige el acto de fuga. El primero de estos actos es sensación sin duda, pero el segundo y el tercero es claro que no lo son.

El acto de memorar con que se acuerda del golpe recibido, se termina á un objeto entónces no existente, y por consiguiente, no sensible; luego no es sensación, si otro acto de superior clase, respecto de la sensación. Es verdad que existe la especie representativa del golpe; pero ésta no es término, sino medio, respecto de aquel acto; y así, el perro no se acuerda de la especie representativa del golpe, sino del golpe mismo.

Vamos al tercer acto, el cual es un nuevo uso, y como accidental, que hace el perro de aquella especie, en la circunstancia de encontrar de nuevo al que le hirió. Este acto, pretendo yo que no sólo es acto superior á toda sensación, por la razon propuesta de terminarse á objeto no existente, sino que en él interviene verdadero y formal racionio, lo cual pruebo así: es cierto que el perro huye, porque teme que aquel que lo hirió le dé

nuevo golpe; luego concibe éste como posible ó como futuro. *Sed sic est* que no puede concebirle sino racionando ó discurrendo; luego pruebo la menor subsumta. El perro no tiene especie representativa del golpe futuro ó posible, porque la que tiene sólo representa el golpe pasado; luego sólo racionando ó discurrendo puede producir en sí mismo la idea de él. Esta consecuencia es patente; porque aquello que no se representa en la especie sólo puede conocerse, infiriéndolo de aquello que se representa. Así en el caso propuesto hay verdadera ilacion, con que el perro, ó probable ó erradamente, del golpe pasado deduce el futuro, semejante á aquella que en el mismo caso forma un niño. O por mejor decir, hay dos ilaciones: la primera, con que de la ofensa recibida se infiere la enemistad del que la hizo; la segunda, con que de la enemistad se infiere de futuro nueva ofensa; bien que todo esto es momentáneo.

En otra advertencia del perro, muy decantada sí, pero poco reflexionada hasta ahora, mostraré yo eficazmente que este bruto usa de discurso propiamente tal. Llega el perro, siguiendo á la fiera á quien perdió de vista, á un trivio ó division de tres caminos, é incierto de cuál de ellos tomó la fiera, se pone á hacer la pesquisa con el olfato. Huele con atencion el primero, y no hallando en él los efluvios de la fiera, que son los que le dirigen, pasa al segundo. Hace el mismo exámen en éste, y no hallando tampoco en él el olor de la fiera, sin hacer más exámen, al instante toma la marcha por el tercero. Aquí parece que el perro usa de aquel argumento, que los lógicos llaman *sufficienti partium enumeratione*, discurrendo así: la fiera fué por alguno de estos tres caminos; no por aquel ni por aquel, luego por éste.

Este argumento es muy antiguo. Santo Tomas se le propone en la 1.^a, 2.^a, cuestion 13, artículo 11, y mucho ántes habia usado de él san Basilio (1). Pero pondré aquí las palabras de este gran padre, porque en ellas da á entender que está á favor del discurso de los brutos: *Quæ sæculis sapientes, per prolixum vitæ totius otium desidentes, vix tandem invenerunt, argumentationum, inquam, rationumque nexus, in iis sese offert canis eruditus ab ipsa natura. Nam cum ejus feræ vestigia, quam persequitur, investigat, si quidem invenerit ea pluribus sese findentia modis, divortia viarum singulatim, digressionesque, quascumque in partes ferant, ubi suo illo sagaci odoratu perlustravit, vocem propè syllogisticam, per ea quæ agit, elicit hoc pacto. Fera quam persequor, inquit, aut hac, aut illa, aut ista divertit parte; atqui non hac, non item illac, restat ergo illam istac abitisse via; atque ita falsa tollendo, verum invenire solet. Quid plus faciunt, qui pro linearum descriptionibus designandis tanta cum gravitate sedent isti, lineisque pulveri insculptis, è tribus, ubi duas propositiones sustulerint ut falsas in ea demum, quæ trium reliqua est, verum comperiant?*

Las primeras y las últimas palabras del Santo son muy fuertes á nuestro intento. En las primeras dice, que el perro es naturalmente lógico, ó, lo que es lo mismo, la propia naturaleza le enseña á argüir: *Ar-*

(1) Homilla ix, in Hexahemeron.

gumentationum, rationumque nexus. En las últimas, propuesto ya el argumento, que hace el perro cuando llega al trivio, dice, que no hacen ó no adelantan más que este bruto los sabios matemáticos, cuando en la descripcion de las líneas, sabiendo que en una de tres proposiciones está la verdad, despues de hallar que las dos son falsas, concluyen que la que resta es verdadera: *Quid plus faciunt?*

Ahora quiero darle toda la luz posible al racionio expresado del perro, probando que en el caso dicho procede con proprio y riguroso discurso. Examinados con el olfato los dos caminos, y enterado de que por ninguno de ellos partió la fiera, sin examinar el tercero, toma por él. Es manifiesto que esta determinacion viene del concepto que hizo de que la fiera huyó por el tercer camino, y que este concepto le hizo por ver que no fué ni por el primero ni por el segundo. Hasta aquí nadie niega. Pregunto ahora: aquel acto con que conoce que la fiera tomó por el tercer camino, ¿ó es distinto ó indistinto de aquel acto con que, despues de examinar el segundo camino, conoció que no habia tomado ni por el primero ni por el segundo? Si distinto, luego es ilacion, secuela ó deducion de aquel acto. Es claro, porque es dependiente, causado y subseguido á él; hay progreso de uno á otro acto, con subordinacion de este á aquel; en fin, vemos aquí todas las notas de ilacion ó consecuencia que hay en nuestros discursos.

Si se dice que es indistinto, infiero así: luego el perro, con aquel acto mismo con que percibe que la fiera no tomó por el primero ni por el segundo camino (*intransitivè*), percibe juntamente que tomó por el tercero. Pero esto no puede decirse, porque se seguiria que en el modo del conocimiento es más perfecto el bruto que el hombre. Pruébolo, porque mayor perfeccion es conocer con una simple intuicion el principio y la consecuencia, ó la consecuencia en el principio, que necesitar de dos actos distintos para conocer uno y otro. Aquello tiene más de actualidad y simplicidad, esto más de potencialidad y composicion. Por esta razon, santo Tomás niega discurso á los ángeles (parte 1, cuestion 58, artículo 3.^o). Véase el cuerpo del citado artículo, el cual todo hace á nuestro propósito.

§ VI.

Con esto queda preocupado cuanto sobre aquella accion del perro se ha escogitado por la sentencia comun. Dicen algunos que interviene en ella un conocimiento semejante ó análogo al discurso, pero que no es discurso. Mas esto es decir nada; lo primero, porque nuestro argumento prueba, que no sólo es semejante al discurso, sino que es discurso; lo segundo, porque si la semejanza es adecuada, es lo mismo que confesar discurso propiamente tal, porque á discurso propiamente tal sólo puede ser semejante adecuadamente lo que fuere discurso propiamente tal. Y si la semejanza fuere inadecuada ó imperfecta, los contrarios tienen la obligacion de señalar la disparidad; lo tercero, porque aunque la semejanza no sea perfecta, sólo se inferirá de ahí que el discurso del bruto no es tan perfecto como el del hombre, pero no que no es propiamente discurso; pues la menor perfeccion respectiva en cualquiera atri-